

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

ASTRID FUGELLIE

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
-- Arturo Prat 1428 --
Santiago de Chile, 1983

¿Quién soy?

ASTRID FUGELLIE

“Palpa mi corazón, me siento sola, implena. Destripada al solo tacto de las manos innumerables, de los ojos desfigurados en el taciturno crepúsculo de los Dioses. Palpa mi corazón y pálpame sin horas y sin espacios Encontrarás la soledad de los abismos y de la sangre, sin duda”.

(De “Los Círculos”)

He aquí uno de los rasgos más adheridos a mi espíritu: la soledad, la gran soledad del hombre en las postrimerías del siglo veinte con su edad

de conflictos mundiales y cósmicos. Y de esta soledad, el esbozo de mujer, con sus roles paralelos e inherentes: madre, esposa, educadora de párvulos. Y de esta gran soledad que en el inicio de la vida me fue quebrando hasta desintegrarme, y que en el transcurso de ella me fue integrando hasta asumirla como una señal de autosuficiencia, mi vocación de poeta: clarividente y sintetizadora de la realidad contingente y de las grandes e imprecederas interrogantes del hombre.

Agradezco pues, la amable y a la vez inmerecida invitación que me ha formulado la Agrupación Amigos del Libro, dándome la oportunidad de abrir los postigos de mis habitaciones ocultas, para alumbrar los fantasmas que me habitan. Son ellos los que personificando mis emociones, mis tensiones, mis conductas, abandonan su tragedia diaria y agobiante de callarse para volver en lenguaje repentino, mis frustraciones y logros, mi llanto y mi alegría, mi compromiso y su verdad.

Nací en Punta Arenas en un mes de enero, debiendo haberlo hecho en diciembre, primer aviso de mis frecuentes atrasos horarios que harían ruborizar a mis ancestros ingleses y que han hecho gastar "tiempo precioso" a distintas catego-

rías de administrativos que tuvieron la buena o mala fortuna de conocerme.

El que yo exista es posible gracias a Dios y a la llegada a esas tierras siderales de mis abuelos Otto Fugellie Martín, nacido en Puerto Stanley, Falkland's Islands, y de Bride Mulcahy Hourigan, nacida en Cashel, Tipperary, Irlanda. De Lucas Gezan Petrovz, nacido en Croacia, Yugoslavia, de origen francés (Gezan con c y cedilla) y de Francisca Livacich Poklepovic, original de Isla Brac, Yugoslavia. Pienso, después de haber vivido un tiempo prudente, que la heterogeneidad de mi carácter se debe a este verdadero coctel de nacionalidades. Sin embargo, mi padre sostiene, que en mí, prima la sangre irlandesa, dado mi parecido con su madre.

Por mi lado, sólo puedo agregar que soy el número dos de cuatro hijos nacidos de la unión de Magallanes Fugellie Mulcahy y de Teresa Gezan Livacich. Ingrid, mi hermana mayor, Magallanes Lucas y Bride, mis hermanos menores en orden descendente. Al nombrarlos se me impone ese tiempo de lluvia cuando solíamos parecernos a los juegos. Ingrid con su delantal cotidiano que nos hacía reír por las tardes; Lucas con sus ollas

y piedras encalladas como barcos; Bride, con las rodillas rotas trepándose por los cercos y los sueños.

Debo reconocer que jamás he podido superar la tremenda nostalgia que me produce la lejanía de mis hermanas. Actualmente Ingrid vive en Malawi, en las cálidas y exóticas tierras del continente africano y Bride en Punta Arenas.

INFANCIA

Mi niñez transcurrió en Magallanes, entre trineos, hermanos, amigos, estancias y colegios. Estos últimos, constituyeron en mi primera infancia una verdadera pesadilla. Hacía algunos números y letras al revés y me costaba mucho leer, traducía entonces mis incapacidades con mala conducta y rebeldía, lo que implicó un paseo de "Miss Sharp" al Liceo de Niñas, de éste, al María Auxiliadora, donde hice habituales mis cimarras por miedo a los santos, vírgenes y al Juicio Final que me inspiraba pavor. Mi mente de niña visualizaba mi cuerpo en llamas por la eternidad, entre diablos con tridentes y otros monstruos por los pecados que cometía a diario: mentiras, gara-

batos, peleas con mis hermanos, etc. Ante mis rarezas, mis padres me ofrecieron dos alternativas: o me regalaban una bicicleta si pasaba de curso, o me retiraban de las monjas dejándome seis meses en casa para matricularme en otro colegio al año siguiente. ¡Qué maravilla!, me quedé en casa, seguí usando la vieja bicicleta, herencia de mi hermana Ingrid, y dispuse del tiempo libre de los empleados y de la casa para mí sola. La gran caldera de calefacción se transformaba en un barco, probablemente el que piloteaba mi abuelo paterno, cuando me ponía un gorro de marino e izaba la bandera inglesa que mi padre guardaba celosamente en su escritorio. Mi bicicleta se transformaba en lancha a motor, sujetándole un cartón con un gancho para ropa contra los rayos de las ruedas, permitiéndome llegar en mis sueños a las costas de países maravillosos. Al regreso de estos viajes investigaba cada rincón, desde el garaje hasta los techos y entretechos y descubrí entonces la biblioteca de mis padres. Comencé a leer a Dickens, Marcela Paz, Antoine de Saint Exupery y otros. Con mis cortos años recuerdo no haber entendido a muchos, pero sí, haberme producido verdadero agrado todas esas lecturas.

Quizás este fue el comienzo. Nació mi primer poema “Renunciación” y aprendí a leer correctamente.

Hoy, como educadora de párvulos, diagnóstico mis limitaciones de aprendizaje como dislexia, causada por una disfunción cerebral mínima, producto del parto traumático que me hizo nacer.

En esta etapa, mi padre al llegar a casa por las tardes acostumbraba a escuchar música clásica o a colorear sus pinturas en los muros del comedor de diario y en los de nuestras habitaciones infantiles. El fin de semana mi hogar despertaba con su música, mientras mi madre, después de supervisar a sus empleadas y organizar la casa, nos dedicaba su tiempo. La recuerdo, especialmente, cuando a mi pedido me leía poemas de algunos clásicos que, en oportunidades, me empujaban debajo de la mesa del comedor a llorar sin que ella, desde su sillón, lo advirtiera.

De mis vacaciones recuerdo especialmente, cuando en viaje al “norte” encalló el “Viña del Mar” en la angostura Inglesa. Nos pusieron chalecos salvavidas y me desmayé; estuvimos varados dos días que transcurrieron entre visitas de canoas alacalufes mostrándonos su civilización de ma-

triarcado, presididos por María, la reina, y el indio José, su marido. Recuerdo que comprábamos miniaturas de canoas y cestas hechas por ellos. No aceptaban un billete de cincuenta pesos, pero sí tres de cinco, no por necesitar sencillo, sino por creer que a mayor cantidad de billetes, mayor cantidad de dinero. En esto, mis conceptos monetarios se parecían bastante a los de los alacalufes. El “Viña del Mar” tenía la popa quebrada haciendo dificultosa la continuación del viaje. Llegó el rescate, el “Piloto Pardo” en que regresaron los niños y los adultos enfermos a Punta Arenas y el “Lientur” que nos remolcaría, digo “nos remolcaría”, porque mis padres se opusieron a una separación de nosotros. En esta etapa del viaje, el barco fue prácticamente nuestro por los pocos pasajeros que se atrevieron a continuar el viaje a remolque. Tres o cuatro días maravillosos para nuestra inocencia infantil con Navidad, Año Nuevo a bordo y también mi cumpleaños número siete arribando a Puerto Montt, donde, muy motivada por el comercio alacalufe, pedí una billetera de regalo.

Hoy, al primer asomo de zozobra, pondría pie en tierra, ya que si el agua de una piscina me

moja la punta de la nariz, me espanto y arranco aunque sea aferrada a un palo de fósforos. Esto no es motivo de risa, ya que el trauma es justificado desde el día en que muy acicalada asistí a un cumpleaños infantil con un entretenido paseo en lancha por el Estrecho de Magallanes. Yo, muy segura de mis dotes de marino, por mi herencia ancestral y mis juegos, subí a la proa donde mis hermosos zapatos de charol resbalaron en la cubierta humedecida, llevándome en un santiamén a comprobar lo helada que es el agua austral. Fui rescatada valientemente por el padre de mi amiga. Me sacó tiesa. Por un tiempo la experiencia vivida me valió el sugerente nombre de "Moisés".

También cuando niña tuve un novio, era un año menor que yo, él de seis y yo de siete. Solía encontrar en la puerta de mi casa tarros de conservas abiertos con rosas blancas junto a dos o tres centollas, delicia típica de Magallanes, su padre era propietario de una centollera. Nuestro noviazgo consistía en inflar gallinas con un bombín de bicicleta y lanzarlas desde los techos a volar entre plumas que caían. No sé si por el aire que les introducíamos, pero las recuerdo, además de blancas, muy gordas. Mi novio tenía muchos gatos,

época de aparición de las bolsas de polietileno, con ellas fabricábamos paracaídas y amarrados a éstos, caían los gatos desde los techos a los lavaderos de centollas. Siempre me pregunto si las centollas habrán tenido algo de gusto a gato. Con él mi primera incursión, entre náuseas y toses, al cigarrillo, eran Baracoa y estaban siempre tibios ya que los escondíamos bajo la paja de los nidos de gallinas. Mi amor por mi amigo murió el día que le regalaron un rifle de aire comprimido y apuntó a perros disparándoles balines, nunca he admirado las armas, menos cuando con ellas se cometen actos de violencia.

ADOLESCENCIA

Aproximadamente a los doce años hice mi segunda incursión en poesía: "Silencio a Silencio", producto de un amor imposible. A este poema y por distintas circunstancias, siguieron otros que guardé en el secreto del púber que comienza a descubrirse. En este tiempo estaba impactada por Juan Cristóbal y por Hamlet, por Neruda y Huidobro, por Barquero y Tagore.

Se inicia la década de los sesenta y con ella

mi ingreso al primer ciclo de humanidades. Ya recuperados mis pequeños grandes traumas de aprendizaje, el Liceo de Niñas "Gabriela Mistral" resulta un oasis. Esta etapa la recuerdo algo gris, no por los problemas que me rodearon, sino por la connotación que yo les daba, ya que la denuncia, la observancia y la depresión, fueron en mí como el silencioso canto que emite la vida emergida desde el fondo mismo de su dominio azul y prodigioso, con la eternidad de sus vapores redondeados en arcilla, principio y fin en la gran nada.

El adolescente es, en gran medida, la consecuencia de las transformaciones profundas que la pubertad trae al organismo del niño. El adolescente se repliega sobre su personalidad para impulsarla hacia afuera con frenesí. La edad de las contradicciones y el interés por los valores.

Ahora pienso en esos años de rebeldía y realizaciones, y reconozco que mi adolescencia no estuvo ajena de estas características.

Literariamente, ante mi asombro, comienzan mis primeras satisfacciones. En 1964 llega a Punta Arenas "Rostro de Chile", una exposición fotográfica hermosísima. Era el tiempo en que comenzaba a aparecer en Chile la fotografía como otro

medio de expresión artística. Los primeros posters con juegos de luz y sombra se abrieron ante mí en aquella visita obligada del colegio. Una de las fotos me penetró, eran las manos con las palmas hacia arriba, callosas y con los bordes de las uñas resquebrajados, enseñaban las huellas del pan que habían logrado con el sudor de la frente, las manos de un obrero de la pampa del norte de Chile. Se veían tan fuertes y tan gastadas.

Impactada, al llegar a casa fui directo al “refugio”, antigua “casa de muñecas”, la misma que había utilizado para jugar con mis hermanos y que mis padres habían hecho construir en cemento al fondo del patio como villa rodeada de sauces, esa habitación me daba la soledad y la paz de ambiente necesarias para leer, escribir y pensar lejos de todo y de todos. Allí escribí mi poema “A esas manos” guardándolo con los anteriores. En aquel tiempo cursaba el cuarto año de humanidades y el Centro para el Progreso de Magallanes con el Colegio Universitario llamaron a participar en el Concurso Literario “Rostro de Chile”. Mostré a mi profesora de castellano, no sin timidez, el poema. Lo leyó y me dijo: “debes presentarlo”. Aquella maestra siempre me apoyó y el recordarla me

renueva el afecto que le guardo, doña Laura Wilson fue mi primera patrocinante.

Al poco tiempo era acreedora al primer premio. Andrés Sabella, Exequiel de la Barra, Julio Barrenechea y Marco Bontá viajaron para aquel acontecimiento, al menos, eso fue aquello para mí. Con mis pocos años me sentí tan bien con aquellos personajes que no me hacían sentir niña y dejaban que me empapara con sus coloquios. ¿Qué más podía desear? Ya entonces decidí ante los demás que era escritora y que este sería en muchas oportunidades de mi vida, por no decir todas, el rol más importante. El empujón era grande. La Ilustre Municipalidad de Magallanes con su entonces Alcaldesa doña Nelda Panicucci Bianchi, me premió con la publicación de mi primer libro, "Poemas", recopilación de versos escritos en aquellos años. Se encargó con gran esmero en la diagramación, mi amigo y escritor, don Carlos Vega Letelier.

En alguna oportunidad definí a Punta Arenas, mi ciudad natal, como a una especie de País Desposeído, blanco y casi triste, que posee algo entre encanto y desencanto, que vuelve al nómade

sedentario. Ahora agrego: Al artista su hijo pródigo, su protegido.

Las posibilidades de dar a conocer mis trabajos surgió como la explosión vegetal en primavera. No puedo obviar en estas circunstancias las enseñanzas que en el campo literario me prodigó, con tanto desinterés, mi maestro, poeta y amigo, don Marino Muñoz Lagos. A él le debo el trabajo, a veces titánico, de pulir y “romper todo aquello que no sirve”. Gracias Marino.

Me incorporé al Departamento de Literatura de la Casa de la Cultura de Magallanes, se crearon talleres literarios, recitales para colegios y otras instituciones, publicación de folletos, etc.

En radios “Polar” y “Voz del Sur”, mis amigos don Alfonso Cárcamo y don Jorge Babarovic respectivamente, me cedieron espacios de su programación dominical. Por esos medios di a conocer mi poemática además de dar lectura a biografías y temas de connotados escritores chilenos y extranjeros. En tanto, mi vida continuaba entre libros, colegios, fiestas y algunos romances, que pintaron ese tiempo juvenil de euforia y desafío.

Al llegar las esperadas vacaciones, satisfacía el delirio que para mí significa la equitación via-

jando a Tierra del Fuego a la estancia de mi padre ubicada en la parte sur de la isla, en el sector denominado Vicuña.

En esos sobrecogedores parajes, donde “los hombres bucólicos se parecen a Dios”, periódicamente seguí un angosto camino dibujado en invierno por las ovejas que se desplazan en angostas filas entre la nieve matando el pasto al ir en busca del resguardo de los robles o de su principal alimento, el coirón. Encontraba al final un bosquecillo en lo alto del monte con un claro. Colgando a un costado estaba mi viejo y retorcido árbol, semejando el lanzamiento de un suicida. Su tronco, con forma de asiento, se transformó en mirador de los valles, cuando le construí escalinatas con troncos. Allí solí escribir acompañada del canto de las aguas del río Rasma, y también, enterrar mis tesoros y ciertos recuerdos, como flores disecadas entre las hojas de mis libros de velador, uno que otro escrito de algún galán y ciertas piedras de bellísimas formas y colores, entre las que se destacaba aquella que tenía forma de cráneo con la cruz de Caín en la frente. “Demian” fue mi biblia, ahora reconozco que, en cierta forma, condicionó mi espíritu ante la vida.

El año 1963 fue premonitorio en mi existencia. Un admirador algo tímido tenía por compañero de curso a otro que no lo era tanto. Yo, no los conocía. Una tarde regresando de misa con mi hermana Ingrid nos siguieron media cuadra y llamaron a mi hermana por su nombre de pila. Se volvió sorprendida. Este personaje hace las presentaciones tan familiarmente y tan seguro de sí, que no podemos decirle que no les conocemos. Nos acompañan a casa. Les hacemos pasar, mi tímido pretendiente, muy nervioso, tropieza en el living con un canapé que usaba mi padre para levantar los pies cuando se sentaba para escuchar música, y cae estrepitosamente. No podía ya atraerme; el otro, Ramiro Sanhueza, al transcurrir el tiempo tendría un difícil rol en mi futuro.

A los quince años doy término a mi enseñanza secundaria. Por diversas circunstancias, entre otras, lograr la independencia económica para estructurar mi vida de adulto, la que consagraría única y exclusivamente a la poesía, "El hombre propone y Dios dispone", rechazo el ingreso aprobado a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, para desempeñarme como Inspectora de la Escuela Técnica Femenina María

Behety de Menéndez, quedando a cargo de séptimos y octavos años como profesora de castellano y para organizar y poner en marcha la biblioteca del establecimiento.

Como siempre he sido una cantante frustrada, toco la guitarra de oído (estudié siete años piano, alcanzando, no sin esfuerzo, a asesinar la típica "Para Elisa"), formo el grupo folklórico "Las Yámanas". Haciendo un paralelo, doy clases de castellano a adultos en el Instituto Kennedy y soy Directora del Departamento de Castellano de la Casa de la Cultura de Punta Arenas.

Pasado el entusiasmo de ser autosuficiente, comenzaron a morir los "PRO" de esta condición y a nacer los "Contra".

Mis compañeras de colegio habían emigrado, en su mayoría, hacia el norte. Sin elementos metodológicos para hacer frente a mis clases, sólo el instinto de educadora, comencé a sentir la frustración y, a la vez, la gran necesidad de estudiar.

El Bachillerato ya no me servía y hube de rendir la Prueba de Aptitud Académica para postular nuevamente a la Universidad.

Me empinaba en los dieciséis años cuando ingresé a la Facultad de Filosofía y Educación, esta

vez como alumna de la Escuela de Educación Parvularia, que, entre las mujeres de entonces, constituía el "bum" de la época. Como nota curiosa, me parece interesante hacer resaltar que entre las alumnas de la Escuela, se encontraban las hijas del entonces Presidente de la República, don Eduardo Frei Montalva, la del Ex Presidente don Salvador Allende Gossens, y, la del actual Presidente de Chile, don Augusto Pinochet Ugarte.

LA UNIVERSIDAD

A pocos días de mi llegada a Santiago, residiendo en un pensionado de monjas españolas, mi hermana me invita a salir a bailar. Esto, por no dejarme sola en una tarde de sábado. El trabajo para el novio de mi hermana, era conseguir un acompañante. Infructuosos llamados telefónicos, sólo queda uno, su íntimo amigo, Ramiro Sanhueza, que a mí personalmente me disgustaba un tanto. Tres días después comenzaba un noviazgo que duraría cuatro años y siete meses para terminar en matrimonio.

Después de ambientarme en la metrópoli con

sus formas agitadas y tan distintas a las de mi ciudad, comencé a establecer los primeros contactos con el ambiente literario. La Sociedad de Escritores de Chile me abrió sus puertas como es su costumbre, y, pasé a participar activamente de sus reuniones y tertulias.

Se vivía en la Universidad una época especialmente rica: fiestas, elecciones, fogatas, guitarreos, foros, etc. La convivencia con tanta gente similar me hizo sentir plena. Encontraba en cada uno las mismas inquietudes, objetivos e intereses al plantearnos y replantearnos la vida en forma nueva. Con la sensación de palpar el crecimiento de mi espíritu a cada instante, llené mis días de entonces.

Sostengo, aún ahora con mayor convicción, que el poeta, además de ser un clarividente y sintetizador de la realidad e irrealdad que lo circunda, es, o mejor dicho tiene, el deber de ser un trovador. En esta condición llega con facilidad a su público, obviando en cierto modo la gran frustración que le impone el alto costo de las publicaciones. Es así como, en mis distintas etapas, no he descartado la oportunidad de dar a conocer mi obra por medio de recitales públicos. En mi época

universitaria también existieron, recuerdo como los más importantes, los que realicé en el Salón de Honor de la Casa Central de la Universidad de Chile, en la Biblioteca Nacional, en la Escuela de Educadoras de Párvulos y en la Casa del Escritor.

Pero no todo ha de ser vivencias felices y realizadoras, menos en aquella edad donde a todo se es vulnerable, porque en aquella etapa me quejé como la raíz más débil que forma parte de la fortaleza arbórea diseñada por las manos del sur, desposeída y sideral arquitectura terrestre donde convergen los acantilados y los pájaros como en el más maravilloso de los acontecimientos. Porque tuve miedo de todas las noches cementadas por el recogimiento expansivo de mi corazón y el estupor de quedar amortajada, sin conocer a Dios y su redondez, con su A y con su Zeta, con su justicia atractiva, estimulante, condensado a la idea de sublimar la propia, mi propia miseria, a imagen y semejanza. Porque temblé en las bohardillas de la luna, habitaciones luminosas y lúgubres de esos pensionados de adobe consternado y tierra prematura, donde los gatos, la soledad, el escalofrío de las escaleras, la palabra de los libros, de la piel, la necesidad absoluta de mi sangre y su escasez, me

desintegraron. ¡Era imposible abarcar todo lo muerto y todo lo vivo y todo lo misterioso del hombre!; en aquella edad me vi enfrentada a la más grande de mis depresiones existenciales y hube de interrumpir mi carrera por un tiempo breve para correr donde mis padres en busca del refugio necesario para mi espíritu atormentado. De regreso a Santiago, retomé mi carrera y mis actividades literarias con mayor madurez y alegría. La experiencia vivida me había dado la convicción de ser necesaria a la vida y a la muerte como a una misma cosa.

Por entonces, se entregó oficialmente la Casa del Escritor. Pablo Neruda, que residía en Francia como embajador de Chile, asistió al acontecimiento. En su presencia hube de leer algunos de mis poemas. Terminado el acto, no sin asombro de mi parte, Neruda me felicita y me dice algunas sugerencias, entre ellas, una que fue un consejo, y que más tarde, luego de vagabundear algo en nuestro ambiente, me reveló su significado: "Niña, escribe, trabaja con diccionario, es necesario. Profesionaliza esta vocación. La tienes. Trata de alejarte del ambiente bohemio, él no conduce a ninguna parte. En él terminas no escribiendo".

Así como me deleitaba la capital con la intensa vida que me hacía desarrollar, solía a veces cansarme un tanto. Escapaba entonces, para asimilar lo acumulado en soledad conmigo misma. De esta forma conocí casi entera, a lo largo y ancho, mi patria.

Uno de estos viajes de introspección fue el causante de una pasajera desdicha que llegó a quitarme el sueño. Debía editar mi seminario de título para cumplir con el requisito final para recibirme de Educadora de Párvulos. Mis padres, en dos oportunidades me habían enviado el dinero y yo lo había gastado en estos retiros que tanto bien me hacían, y a pesar que “no hay dos sin tres”, no tuve el descaro de solicitárselos nuevamente. Conté mi pesar a mi amigo Miguel Morales Fuentes, el “Tipógrafo Huraño”, con quien, en la fuente de soda “Lucer”, cercana al pensionado, habíamos asistido para discutir sobre nuestras creaciones literarias recientes y arreglar el mundo de forma tan sencilla, que cualquier gobierno de cualquier país envidiaría.

En ese tiempo, Miguel tenía una pequeña imprenta, para ayudarme publicó mi segundo libro. Así nació “Siete Poemas”, con sus ocho hojas

de papel volantín de distintos colores y el grabado de Ginés Contreras en su portada. Solucioné rápidamente el financiamiento de mi memoria. Vendí el libro en la Feria Artesanal del Parque Forestal y en la del Cerro Santa Lucía a un precio cercano al de las tarjetas de saludo, por lo que muchos lo utilizaron para desear felicidad en Navidad y no para deleitarse con lo que mi pluma había escrito.

Entonces ya había roto distintos vínculos, entre ellos destaco que, ya no frecuentaba el ambiente de escritores, e incluso en mi afán de búsqueda, había avisado en una extensa carta a Ramiro (él ya se encontraba en Punta Arenas trabajando) que me había matriculado en Sociología por lo que nuestro matrimonio debía posponerse. La respuesta de su parte no demoró. Un llamado telefónico de larga distancia con la exigencia de continuar con los planes primitivos. La discusión se fue tornando cada vez más acalorada. De improviso mi “Irlandesa” se hizo presente cortando furiosamente y rompiendo el aparato telefónico. El pensionado quedó sin el indispensable medio de comunicación por tres días. Escribí entonces a Ramiro una nueva carta enumerando uno a uno los motivos que tenía y que me hacían desistir de nuestra re-

lación. Pensé con ello salir con la mía, mis motivos estaban bien respaldados. La respuesta nuevamente no se hizo esperar. De él me llegó un escueto telegrama que rezaba así: "Su lugar está junto a mí, Ramiro". Y como donde manda capitán no manda marinero, volví a su lado para casarme con él un año más tarde.

MATERNIDAD

Si la felicidad es un estado sublime, que no permite racionalizarse porque muere; es más, si la felicidad es un estado de éxtasis que sólo puede sentirse, debo confesar, con honestidad, que lo he vivido el 20 de diciembre de 1971 y el 21 de febrero de 1973 con el nacimiento de mis hijos Ramiro y Mauricio respectivamente. Porque le anteceden tantos aspectos milagrosamente bíblicos, desde los órganos asentados para hacer el refugio; o la agónía tibia de estar encinta; o el tiempo, a menudo poco cierto, de la espera; o la inquietud del avío; o el significado de la alarma; o la preparación de los senos con el cerato que los reconforta para el paso de la savia necesaria. Porque le siguen tantos otros como la permanencia, incluso en el dormir.

La habilidad, a pesar de los dedos torpes. ¡Y tanto miedo! ¡Y tanto amor!

Ahora, con la madurez que me da más de una década transcurrida sin mayores sobresaltos que las de sus típicas enfermedades y “arrastradas de curso”, pienso que, invariablemente, Punta Arenas sabe, a mi condición de madre, como una Tierra Santa.

Cuatro años me retuvieron esos parajes incomparables. Con las limitaciones propias del trabajo, como educadora me desempeñé en el Jardín Infantil Matilde Huicci, en la Escuela Mixta Nº 5 y en el Banco Central de Chile, a más de la siempre abrumadora labor de crianza, mis actividades literarias se resumen en colaboraciones en diarios locales, un honroso segundo premio en poesía auspiciado por “La Prensa Austral”, en tanto, mi tercer libro “Una Casa en la Lluvia” iba tomando sus formas primitivas. En parte de mi poemática reflejo el acercamiento que inicié en esos años a la Parasicología. Ciertos elementos y puntos de vista sacados de estas experiencias esotéricas han influido considerablemente en mi mensaje. Algunas de estas se incluyen en “Las Jorna-

das del Silencio” y en “Los Círculos”, dos de mis libros inéditos.

Un imprevisto traslado a Santiago cierra mi permanencia en la ciudad de los cielos brillantes, de casas rosadas y azules, anaranjadas y verdes. De sobrecogedora y cósmica naturaleza, con una ternura infinita en sus habitantes, que a modo de ejemplo, personifico en Mila Blazina, mi suegra, cuyo ejemplo ha contribuido a formarme como mujer y como madre. Jamás olvidaré su actitud, aquel mes de febrero de 1974, cuando mi casa reducida a ocho cajones y once maletas, nos obligó a compartir su techo. Curiosamente aquel mes dormí en la habitación de soltero de mi marido, que, cuando había sido clínica de mi suegro, a quien no conocí, fue la pieza de mi madre al darme a luz.

Las coincidencias magallánicas son muchas. Quizás por lo circular de su grandeza: me despedía la casa que me había recibido en este trance mutable de existencia terrena.

A Punta Arenas, volvería en escasas oportunidades, resultándome siempre corta la permanencia para darme el tiempo necesario de empaparme de su paisaje natural y humano.

Mi traslado no fue ajeno al desorden que me caracteriza. En mis hogares hay poemas por todos lados: veladores, roperos, escritorio, dentro de libros, etc. Con el apuro del embalaje, dejé para último momento mi biblioteca, que es un mueble antiguo de gran capacidad y que recibe en sus recovecos todo libro y papel que dejo para leer algún día, si no despierta mi interés inmediato. Allí el desorden es mayor. De Santiago me llegaban por correspondencia, por ser escritora, libros, folletos, poemarios. Muchos de ellos pasaban a ocupar un lugar sin siquiera rasgarles el sobre. Una vez embalados los libros en un baúl, faltó lugar, y junto a mis poemas, que para viajar no se separan de mí, el sobrante pasó a una maleta cuyo contenido sería leído cuidadosamente en aduana junto con unas doscientas cartas de nuestro noviazgo epistolar con Ramiro, quien mostraba las maletas al personal de la FACH designado para el efecto. Estos llevaron un misterioso escrito a Policía Internacional. Lllaman a mi marido y lo vigilan en calidad de incomunicado. Yo, ajena a lo que ocurría, ya que estaba cuidando a mis hijos de uno y dos años, fui llamada para ser interrogada. Ante mi espanto se me revela un verso de alto signifi-

cado político y soy retenida por portar material subversivo. ¡Qué lata! Suficiente carga la que he resistido en mi condición de poeta... poco afortunada ser juzgada por versos ajenos, más aún, en mi condición de mujer, quedar con la curiosidad insatisfecha respecto al contenido total y su autor, ya que obviamente me fue requisado. Punta Arenas no me dejaba partir. El avión que debía salir a las 13.30 hrs. lo hace con seis horas de retraso. Mientras mis antecedentes eran investigados, debí soportar agrias miradas de mis compañeros de viaje, que como yo, estaban en el recinto de preembarque. Mi hijo menor exigió entonces un cambio de pañales. Amablemente, a mi pedido, me fue cedido el escritorio del Jefe de Policía Internacional del Aeropuerto, quien además debió traer el agua necesaria. Sentí que Mauricio, en cierta forma, cobraba la demora a que habíamos sido sometidos inundando aquella oficina con su última muda magallánica.

En ese entonces me encontraba esperando mi tercer hijo. Entre Puerto Montt y Santiago, no sé si por problemas orgánicos o por el gran susto vivido en el aeropuerto, "El hijo que pensamos"

dejaba de existir en mi vientre, motivándome
escribir lo siguiente:

POEMA CUATRO

*El niño que pensamos,
recuerda.*

*El que gestamos en los arroyos
del sueño.*

*El que mi cuerpo esbozó
con ternura.*

El de toda raíz.

*El de todos los surcos,
se me quedó prendido en las algas
de la noche.*

*Intenté encontrarlo
en las riberas
de tus manos.*

*Y en el césped blando
de nuestro antiguo paseo.*

*Pero era la tarde
de todos los otoños.*

*Y eras
la ausencia.*

POEMA CINCO

*Esta sensación de caída.
De muerte
sin glorieta azules.*

*Esta sensación de fuente,
de fuente vaciada,
me ha vuelto de color
oscuro.*

*Están lejos la sonrisa
y la luz
de las dalias.*

*Está suspendida el alma
entre el otoño
y la cruz.*

*Y tú,
pobre niño,
destruido por mis manos
que te amaron
cuando era la tarde.*

(De "Una casa en la lluvia").

UN NUEVO DESAFIO

No es lo mismo llegar a Santiago en calidad de estudiante, a llegar como madre de familia. En la práctica, la cosa da un giro de ciento ochenta grados: acomodarse en un hotel con buñuelos, guaguas y empleada, para, al día siguiente del arribo, asistir al nuevo trabajo e iniciar por la tarde la puesta en marcha del hogar. Resulta trabajo arduo y hasta odioso si se le suma, además, el tremendo cambio de temperatura, que existe en el mes de febrero, entre las dos ciudades. Finalmente la tempestad se aquieta y la vida comienza a canalizarse a través de los senderos normales de la nueva rutina. Invariablemente el hombre es un animal educable y de costumbres. Asumo el puesto vacante en la Sala Cuna del Banco Central de

Chile. Un buen lugar de trabajo que contaba, con un, impensado para mí, Departamento de Bienestar muy consciente y preocupado del desarrollo de las inquietudes artísticas del personal. No fue necesario, en aquel entonces, salirse de esa "Torre de Marfil" para alimentar mis necesidades literarias. Talleres, recitales, artículos en la revista "Corchete", donde en primera instancia fui redactora y finalmente Directora, amenizaban mis quehaceres profesionales y esas tareas de "Repetición e inmanencia" de las que habla Simone de Beauvoir y que son: los platos, el menaje, hacer la comida y luego comérsela, las que en fe me corresponde vivir en mi rol de dueña de casa. De este período data la publicación de mi tercer libro escrito en Punta Arenas, "Una Casa en la Lluvia". Mi gran amiga Silvia Negri efectúa los contactos necesarios, tanto de editorial como de financiamiento, en su calidad de Jefe del Departamento de Bienestar del Banco Central de Chile. En abril de 1975, el citado ejemplar ve la luz en los talleres de la Editorial "Gabriela Mistral"; un año después doy uno de los recitales que más se acerca a la idea trovadoresca que aconsejo a mi familia de poetas, se trata de una recopilación de mi

poemática con el acompañamiento de música clásica del guitarrista Claudio Zurita. La función se realiza en el Teatro Moneda y alcanza una duración de casi dos horas.

El 10 de noviembre de 1978, soy llamada a retiro voluntario del Banco Central de Chile, siendo, en medio de tanto desconcierto y dolor, beneficiada por la ley que entonces otorgaba jubilación prematura.

Debo confesar que muchas veces he renegado de mi poesía, tratando de sacarla, o al menos adormecerla con otras motivaciones espirituales. ¡Qué absurda pretensión la mía! Tendría que nacer de nuevo con otra identidad, o fenecer. Está tan enraizada en mis ansias y en mi reflexión que no puedo dejarla de sentir ser vivo, habitual en mi sangre, con marcas y lumbres, cosida como origen y como acto a mis navíos atestados de inquietudes y abismos, de ojos y dientes y cielo. Bastó un año de permanencia en mi hogar, para, en medio de la soledad que me dio la ausencia de un trabajo, reconocer que no puedo ni debo mitigar el sufrimiento de tenerla ya irremediablemente eterna. Acomodándome al nuevo estado de cosas y asumiendo con madurez mi compromiso, (el hom-

bre aprende a convivir con la angustia, de ahí parte su grandeza), me incorporo al taller literario de Miguel Arteche y participo junto a mi gran amiga y escritora Eliana Moyano en el grupo Nueva Línea. Asimismo, junto a Eliana y otras escritoras, ofrecemos recitales en Institutos de Secretariado y en el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura, en tanto, se me comunica que alguno de mis poemas de "Una Casa en la Lluvia" han sido traducidos al italiano y al inglés.

En 1980, por razones ajenas a mi voluntad, debo reintegrarme al quehacer profesional. Trabajo en diferentes jardines infantiles de Santiago y finalmente, en junio de 1981, formo, junto a mi esposo, nuestra propia Institución de Educación Parvularia, la Sala Cuna y Jardín Infantil "San Nicolás" que es mi realización personal en este campo.

En lo literario se llevan a feliz término los dos Congresos Nacionales de Escritores Magallánicos, en los cuales participo. De igual forma soy honrada por la SECH, filial Magallanes, con la inclusión de dos temas en la Antología Magallánica. De mis recitales cabe destacar, en los últimos tres años, los realizados en el Instituto Ban-

cario de Cultura, en el Alero de los De Ramón y en el Instituto Chileno Alemán de Cultura (Goethe). En la actualidad colaboro en las revistas literarias Alas de Chile y Khifu de Alemania Federal, en donde algunos de mis poemas inéditos han sido traducidos a ese idioma y está en espera su publicación.

Siempre me ataca la convicción de que la vida del hombre es corta para concretar sus objetivos y sus sueños. Quizás quinientos años serían adecuados en lo que a mí se refiere. Cumpliendo y a veces saltando mis tareas de desarrollo, he llegado a la edad de Cristo con tres libros publicados que no me interpretan. Jamás quedo conforme con lo que hago. Sólo en el frenesí del acto creador me siento un pequeño Dios de "cuello y corbata". Dos o tres libros no hacen a un escritor. Sólo una obra sostenida, continuada y significativa lo hacen acreedor de tan noble título. Engañoso resultaría sostener que estoy conforme con mis escritos. La autocrítica, tan válida para mí como escritora, se ha llegado a confundir con la autocensura lo que me ha impedido ser hasta el momento, "la mejor madre para con su obra". Es más, para mí bien o para mi mal no soy una escritora regional

Mis intereses van más allá de las fronteras. Este solo pensamiento hace que los límites de mi ámbito me aplasten hasta el ahogo. Para los efectos de mi creación soy indiscutiblemente ciudadana del mundo. De aquí que la realidad contingente, los odios, los intereses creados y los valores vigentes, me hagan concebir la vida como mal dada, injusta y apocalíptica. Sin embargo, porque creo en mí, creo en el hombre y en su santa evolución. Tengo fe de que tarde o temprano, con cuerpo o incorpóreos, pasaremos a formar parte de las legiones de los grandes iniciados por el tiempo. En este predicamento me encuentro, y por él, asumo mi condición de ser integral. Como no viviré quinientos años, a pesar del gran desarrollo científico y tecnológico y de la permanente preocupación de los hombres bien intencionados, me conformo con la tarea de haber asumido este trance mutable como una etapa camino de mi propio perfeccionamiento, a objeto de lograr el derecho bíblico de morir en paz con la vida. Y para morir en paz con la vida, alguno de mis escritos, actuales o futuros, tendría que ser inmortal por mi necesidad de comunicar a los hombres la urgencia de un cambio de valores, que, solventándose en el amor,

propicie el engrandecimiento del espíritu, único eslabón que nos cuelga a la concepción de un mundo feliz o a la inmortalidad de Dios.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado
los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez.
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Teresa Hamel
Guillermo Trejo
Graciela Toro
Ernesto Livacic
Enrique Skinner
Astrid Fugellie



COEDICION

ZAMORANO Y CAPERAN

LIBRERIA Y EDITORIAL

EDITORIAL NASCIMENTO